

# José Vasconcelos: El caudillo cultural de la Nación

Betzabé Arreola Martínez

JOSÉ VASCONCELOS fue un personaje que se instaló en el espacio de la contradicción y la polémica, en tanto hombre intelectual y versado idealista, y al mismo tiempo le confinaría en su papel de político pragmático. Agente de un proyecto revolucionario educativo y cultural —que sin dejar de lado sus logros, en la formación del Estado nación posrevolucionario—, carecería de la sagacidad negociadora que exigía el contexto político para controlar y cohesionar las distintas fuerzas políticas<sup>1</sup> en la era de las instituciones.

Su presunción de elegido portador del saber y del poder, que tanto reconocimiento le daría entre la elite intelectual nacional e internacional, a través de su filosofía racionalista cósmico-ética, poco le ayudaría en su búsqueda por ostentar el poder político de un México resquebrajado por la guerra civil y el clan sonorensé. El hecho de que acabara su vida coqueteando con el fascismo y entregado a un catolicismo reaccionario, le figuraría como un ser contradictorio y por ende complejo de entender en tan pocas líneas.

Perteneciente a dos tiempos históricos: el del fin del Porfiriato y el del inicio de la Revolución Mexicana, su pensamiento y sus obras nos permiten acercarnos no sólo al personaje, sino a su cultura y a las ideas de su época. A la manera en que la clase hegemónica buscaba resolver uno de los principales problemas del país: la conformación del Estado-Nación y de la identidad nacional, en el que se incluyera a la mayoría de la población, es decir, a la población rural como mecanismo de cohesión de la nueva política social posrevolucionaria. En dicho proyecto, José Vasconcelos jugaría un papel fundamental al otorgarle una dimensión filosófica, histórica y antropológica al problema de la heterogeneidad étnica, mediante la incorporación de los pueblos indígenas a la vida civilizada haciéndolos mestizos.<sup>2</sup>

Como bien señala Martha Robles, es probable que en la actualidad, la obra educativa de Vasconcelos pueda ser, en muchos aspectos, limitada y criticable; sin embargo, en su hora y en la América Latina, significa un triunfo del orden sobre el caos, una victoria de la civilización sobre la barbarie y la primera tentativa del siglo mexicano para abolir el militarismo por la vía del saber. De no verse así, su aportación a la cultura nacional, desde la Secretaría de Educación Pública, quedaría reducida a una parte más de su contradictoria obra personal.<sup>3</sup>

De ahí la importancia por recobrar la figura de Vasconcelos, y sus mayores aportes como fundador de la política cultural y educativa del Estado posrevolucionario; valorar su papel en la construcción y establecimiento de una identidad nacional, a través de distintas imágenes, representaciones y mitos en torno a la raza cósmica, el mesianismo nacionalista, la felicidad del espíritu, etc.; alegorías, todas ellas, a través de las cuales se buscaba crear no sólo una nueva nación, sino una “nueva humanidad”.

De este modo, podemos afirmar que José Vasconcelos fue una pieza fundamental en la creación de una cultura nacional, a partir de la cual, se instituiría el nacionalismo del México moderno.

JOSÉ VASCONCELOS CALDERÓN

José Vasconcelos Calderón nació el 27 de febrero de 1882 en la ciudad de Oaxaca, pero sus primeras imágenes lo definen en la frontera con los Estados Unidos, y los desiertos confines de la patria de Sonora y Piedras Negras, Coahuila, donde su padre trabajó como empleado aduanal. Este hecho sería definitivo en la formación de su personalidad, al haber vivido la contradicción entre el Norte violento y

criollo, y el Sur indígena. Como figura cultural y política fue un hombre del “Norte”, dado su acercamiento con los norteños: muchos de ellos sus amigos, jefes y partidarios; mientras que el Sur indígena le parecía un tanto ajeno y mitológico.

Para él y desde su niñez, la nacionalidad era algo imaginario e idealizado, extremadamente frágil y siempre a punto de verse asaltado por indios y norteamericanos. Como en Piedras Negras no había escuelas, Vasconcelos cruzaba diariamente el puente internacional para asistir a la escuela en Texas. De modo que desde su niñez, Vasconcelos sólo conocía imaginariamente a su patria, quien constantemente se veía obligado a defenderla contra los niños norteamericanos quienes sostenían su superioridad frente al semi-salvaje mexicano.

Perteneía a una familia de clase media, la cual se identificaba por su moralidad de “familias decentes”, quienes acérrimamente satanizaban al dictador Porfirio Díaz y su lema “mátalos en caliente”, así como a las opulencias del grupo en el poder y de los extranjeros, y la posición de servidumbre en la que tenían inmersas a las masas. En torno a estas ideas Vasconcelos fue tomando conciencia que había que conceder a los indios y mestizos un lugar mejor al porfiriano y hasta cósmico en la jerarquía de su proyecto nacionalista, tratarlos no como esclavos, sino como a menores de edad, y dejar de explotarlos salvajemente.

Vivió la adolescencia de un genio, arraigado en la realidad libresco decimonónica, llena de destinos heroicos. Influenciado de las ideas de Schopenhauer, Nietzsche, Wagner, Carlyle, Emerson, Bergson, Tolstoi. Y qué decir de su frase identificatoria, que nos permite entender gran parte de su personalidad: “Actuar en grande”, la cual muestra la gran influencia de Nietzsche, quién marcaría poderosamente su pensamiento filosófico, su visión pasional de la cultura, e incluso, la inspiración trágica que dio a su propio destino: la de un superhombre que no tuvo la culpa de haber nacido en un país dictatorial y periférico.<sup>4</sup>

Llega a la edad adulta hacia fines del Porfiriato con una clara postura de ataque al régimen, que más que por la injusticia social o por la política de privilegiar a extranjeros; criticaba duramente la opresión tiránica a los individuos, sobre todo a los individuos excepcionalmente dotados como él.

De ahí que como estudiante, Vasconcelos se rebeló emotivamente contra el positivismo; y luego, con Antonio Caso, habría de criticarlo racionalmente a través de un periodismo combativo, en un contexto en el que se veía a México, como el país de los peones, el de las mayorías agobiadas por males físicos, por su ignorancia y por su indefensión social. Ante un sistema dictatorial cifrado por la exaltada productividad y riqueza fundada en la miseria de las mayorías.

De modo que sería muy clara la percepción que Vasconcelos se perfilaba en torno a su nación, castigada desde sus raíces, hundida en el olvido de su historia, contagiada de estilos afrancesados, e inmersa en el analfabetismo, despreocupada por el saber, por la expresión poética y por la filosofía.

Por ello, sabía que era imprescindible recoger los ideales y los valores de nuestra identidad cultural como una función esencialmente descolonizadora; los cuales hasta ese momento parecían inexistentes, por lo que era imprescindible comenzar a establecerlos.

Es este sentido, allí radicaré el valor y la labor histórica de Vasconcelos, en su participación en la construcción de un nacionalismo que se apoyaría principalmente en dos premisas: uno de tipo defensivo, ante la presencia amenazante de Estados Unidos.; y otro, de tipo reivindicativo, a través de la autoafirmación de lo propio, de nuestra historia, de nuestros orígenes; en ataque a la gran influencia francesa que hasta ese momento imperaba en nuestra sociedad.

Dicha tarea no sería nada sencilla en un México caracterizado por la heterogeneidad de sus etnias; de modo que tanto Vasconcelos como la clase intelectual, se dieron cuenta de la necesidad de crear una identidad nacional posrevolucionaria *popular*; a través de la imagen y la figura del campesino, del México rural e indígena, del pueblo analfabeto, pobre, marginado, pero sobre todo mayoritario; y a través de la educación y su castellanización, construir el ideal de “nación homogénea”.<sup>5</sup>

#### EL PROYECTO EDUCATIVO DE VASCONCELOS

Vasconcelos consideraba que sería a través de la educación de las masas como se podía llegar a transformarlas en “mexicanos”, en “nuevos ciudadanos”; ideales claramente expresadas en su tesis filosófica más importante, en la que postulaba que todo acto enérgico del espíritu se resolvía en un acto estético; y habría de proponer como punto básico de su política cultural, dar realidad estética a la nación. De ahí el gran impulso que dio a la pintura muralista, la música y la literatura vernáculas,<sup>6</sup> como expresiones de una cultura nacional mexicana, o la “genuina nacionalidad”, en términos del propio Vasconcelos; cuyas claras raíces político-nacionalistas buscaban legitimar el régimen posrevolucionario.

Como parte de la intelectualidad mexicana que llegó a formar parte del grupo revolucionario en el poder y de su proyecto de nación, Vasconcelos se encontraría como el gran caudillo cultural de la nación, al ser instalado como ministro de Educación por el general Álvaro Obregón en el año de 1920. Hecho que mostraría la alianza política

entre el presidente y Vasconcelos, llevada a la práctica a través del gran programa político educativo y cultural, cuya finalidad era tratar de lograr la homogeneidad social para la formación de hombres y mujeres productivos y leales a la nación.

Para Vasconcelos, el progreso nacional y el crecimiento de la patria se basaban en la revolución educativa del pueblo; alegoría política que también había que construir, a través de la imagen del indígena, el cual nunca dejó de ver como algo externo a él y a la clase intelectual.

#### EL ATENEO DE LA JUVENTUD

Vasconcelos perteneció a la generación del *Ateneo de la Juventud*. Grupo al que se unió en el año de 1906 para fundar una revista: *Savia Moderna*, la cual duraría entre 1907 y 1908, para luego convertirse en *Sociedad de Conferencias*, y para 1909 en *El Ateneo de la Juventud*, con la cual se inicia la cultura mexicana moderna.<sup>7</sup>

Desde el pequeño despacho de Jesús Acevedo o en la biblioteca de Antonio Caso, los ateneístas abogaban a favor de la aptitud crítica, urgidos de un nuevo modelo de disciplina moral, la cual reconocía de Grecia a Goethe, de Cervantes a Nietzsche, o en voz de los poetas latinos. Era amplio su repertorio de lecturas, aunque concretó su propósito formativo: abolir los signos del pasado inmediato y conformar, por vía de la razón, un porvenir honorable y digno, conforme a los términos de los más altos ejemplos del humanismo universal.<sup>8</sup> Como lo señalaba Pedro Henríquez Ureña:

En 1907, la juventud se presentó organizada en las sesiones públicas de la Sociedad de Conferencias. Ya había disciplina, crítica, método. Ese año fue decisivo: desde ese entonces data ese movimiento que, creciendo poco a poco, infiltrándose aquí y allá, en las cátedras, en los discursos, en los periódicos, en los libros, se hizo claro y pleno en 1910 con las conferencias del Ateneo, y con el discurso universitarios de don Justo Sierra, quien ya desde 1908, en su magistral oración sobre Barreda, se había revelado sabedor de todas las inquietudes metafísicas de la hora. Es, en suma, el movimiento cuya representación ha asumido ante el público Antonio Caso: la restauración de la filosofía, de su libertad y de sus derechos.<sup>9</sup>

Se trataba de una generación intelectual que buscaba acercarse académicamente al mundo de los trabajadores. Para ellos, lo esencial era recobrar el conocimiento de los antiguos griegos para alimentar, con los más altos recursos, una era de reconstrucción nacional que ya esperaban. A diferencia de los campesinos y trabajadores, los intelectuales la creyeron posible mediante la filosofía y la cultura. Ya que sin las armas de la mayoría y el saber de los menos

—la clase intelectual— no sería posible la transformación contemporánea.

Para 1912, el *Ateneo de la Juventud* se transformaría en el *Ateneo de México*, cuya misión social era la creación de la Universidad Popular Mexicana, como un antecedente de lo que más adelante sería: el “ministerio de Educación de Vasconcelos”, cuyo fin era educar mediante conferencias, conciertos, cursos, que gratuitamente darían los miembros del Ateneo, a los adultos y principalmente a los obreros. Aunque históricamente se ha considerado que la función principal del Ateneo fue la lucha contra el positivismo.

El *Ateneo de México* se convirtió en una institución nacionalista que aglutinó a un impresionante catálogo de intelectuales y artistas: Jesús T. Acevedo, Antonio Caso, Jorge Enciso, Pedro González Blanco, Enrique González Martínez, Fernando González Roa, Martín Luís Guzmán, Pedro Henríquez Ureña, Alba Herrera, Guillermo Novoa, Alfonso Pruneda, Alfonso Reyes, y por supuesto, el mismo Vasconcelos.

La importancia histórica de la Universidad Popular Mexicana fundó la mística de la educación para el pueblo, bandera de los gobiernos posrevolucionarios; configuró la imagen de una cultura mexicana como un movimiento anticolonialista, bolivariano, un poco indigenista. De ahí que se le conociera a Vasconcelos como el apóstol de la cultura mesiánica. Cuya tarea específica era, “la rehabilitación del pensamiento de la raza”. Para 1912, la lucha del Ateneo dejó de ser un mero ideal culto para integrarse a la mística maderista de recobrar el camino liberal, democrático y nacionalista.

Al triunfo del constitucionalismo, Carranza nombró a Vasconcelos director de la Escuela Nacional Preparatoria, pero lo cesó después de una semana, ante su negación de pronunciarse contra Villa y Zapata; ya que a pesar de que no coincidía con ellos, Vasconcelos les reconocía como quienes estaban haciendo la Revolución. De ahí que en la Convención de Aguascalientes diera forma jurídica a la voluntad de Villa y Zapata al desconocer a Carranza.

Dicha Convención —en síntesis— defendía la idea de que la soberanía nacional recaía en el pueblo, que en tiempos de paz se hacía valer a través de votos, y en tiempos de revolución, mediante asambleas revolucionarias; y que la Revolución era el cumplimiento del artículo 128 de la Constitución de 1857, que señalaba que cuando el orden constitucional era roto, el pueblo era el que debía reestablecerlo; y que a pesar de que Carranza había sido nombrado primer Jefe del Ejército Constitucionalista, no podía actuar como presidente, mientras el pueblo no lo nombrara como tal mediante votos democráticos, o mediante una asamblea revolucionaria. Desaparecidos los poderes legales, la soberanía

nía recaía en el pueblo, al cual representaba la Convención, como el único poder nacional soberano.

La Convención eligió como presidente a Eulalio Gutiérrez, quien nombró a Vasconcelos ministro de Educación Pública. Vasconcelos es exiliado entre 1916 y 1919, tiempo que aprovechó para publicar cuatro obras que buscaban fijar una posición anticolonialista para la cultura latinoamericana: *Pitágoras, una teoría del ritmo*, *El monismo estético*, *Prometeo vencedor*, y *Estudios indostánicos*; trabajos perfilados a un análisis más filosófico e histórico del arte como motores históricos. A partir de dichos argumentos se impulsó toda la corriente cultural anticolonialista iberoamericana. Vasconcelos proponía un nuevo espacio cultural para acabar con el monopolio de Europa como modelo histórico a seguir, definido por nuevos mundos jóvenes, mediante la Juventud Americana y una posición anti-Europea, el germen de una civilización nueva. Ideas claramente intuitas a partir de otros modelos históricos como la Grecia y la India antiguas. Con ello, se mostraba la posibilidad de lograr, por medio de una cultura original, una personalidad independiente, siendo el mestizaje el camino a una grandeza, como en Grecia y la India que surgieron de mestizajes; de modo que sólo las razas mestizas serían las capaces de grandes creaciones. De ahí brotaba el nuevo ideal de sociedad originaria, y un nuevo ideal de individuo, opuesto al ejemplo europeo.

Con el asesinato de Carranza se cierra la primera parte de la vida y obra de Vasconcelos, a los treinta y siete años de edad. Hasta entonces, la construcción de mitos, teorías y símbolos, le permitirían durante el gobierno de Obregón establecer una política educativa y cultural que a la postre, y durante el gobierno de Adolfo de la Huerta, le llevarían a ser rector de la Universidad.

Junto a esta labor de hombre intelectual, Vasconcelos se incorporó a la lucha política emanada de la Revolución Mexicana, aludiendo que, una vez que las masas y los caudillos extenuaran sus capacidades de violencia, los intelectuales serían los que gobernarían el país. Entonces comenzó a apropiarse de los lemas de la Revolución y adecuarlos a sus propias concepciones del arte y la cultura, con la idea de despertar la conciencia del pueblo, en torno a la necesidad de crear una Cultura Nacional que le fuera propia al pueblo mexicano, y cuyas bases deberían encontrarse en la raza, el idioma y las tradiciones.

De modo que en torno a la “utopía vasconceleana” era imprescindible trasladar la Revolución al campo de la educación. En sus propias palabras Vasconcelos señalaba: “Organicemos entonces el ejército de los educadores que sustituya al ejército de los destructores”; pues según él, sólo en este necesario tránsito se alcanzaría la verdadera civilización.

Para ello, Vasconcelos empezaría combatiendo el analfabetismo, junto a la reforma de las escuelas primarias; lo más urgente era enseñar al mexicano a vivir como un ser educado y civilizado. Sus ideas impulsaron la creación de las escuelas técnicas donde se prepararían obreros calificados, creó la escuela agrícola, con el fin de producir más y mejor. Dignificó el arte popular mexicano, haciéndolo volver a sus raíces.

Fue entonces que emprendió una gira por la provincia para ganar el apoyo de legislaturas estatales con la idea de reformar la Constitución y crear la Secretaría de Educación Pública; señalando a los obreros que ahora los campos de batalla serían los de la cultura y la educación, en su propio beneficio, si bien sería sobre todo a partir de Manuel Ávila Camacho, que la mística educativa y cultural de Vasconcelos hallaría su promoción oficial como acompañamiento del desarrollismo:

La Universidad se propone atender los intereses del proletariado, facilitándole la educación práctica que mejore sus jornales y levante el nivel de todos... Sólo el contacto íntimo de los trabajadores con los intelectuales puede dar lugar a un renacimiento espiritual...<sup>10</sup>

Vasconcelos concebía la educación como enseñanza práctica y técnica, medio para abolir la explotación de los más débiles e instrumento de cultura que elevaría el “nivel espiritual” de los mexicanos. Por ende, los maestros debían ser verdaderos misioneros semejantes a Vasco de Quiroga, Molina o Bartolomé de las Casas; quienes debían predicar el Evangelio de la enseñanza entre los desprotegidos, haciendo del programa educativo una “santa cruzada contra la ignorancia”.<sup>11</sup>

Su pedagogía atendía principalmente a funciones éticas y estéticas mesiánicas. Del conocimiento objetivo debía surgir una visión ética del mundo y de uno mismo que se resolviera en una acción estética; en donde el fin de la educación era liberar al individuo tanto de la necesidad como de la maldad y llevarlo al gozo de su propia energía, ya purificada. La función del arte, era preponderante con la de la moral. Y a través de la educación se debía asimilar al indígena a la nación, dejar de excluirlo y discriminarlo, a diferencia del indigenismo norteamericano, que respondía a una historia de exclusión y exterminio del indio.

Por ello había que promover la enseñanza del civismo y el patriotismo en la población rural e indígena, e impulsar vínculos de solidaridad que afirmaran una “cultura nacional” mestiza; mediante una unidad étnica, lingüística y cultural. Buscaba que toda la población formará parte de la aristocracia espiritual que luego habría de denominarse *raza cósmica*; de ahí que la cultura no debía proletarizarse, sino que el proletariado debía culturizarse.

En la rectoría de la entonces Universidad Nacional, Vasconcelos tuvo la oportunidad de desarrollarse como el arquitecto de una nueva época del país, libre por fin de la barbarie y de la opresión imperialista; y con la leyenda: *Por mi raza hablará el espíritu*, mostraba que nuestra raza despertaba después de una larga noche de la opresión.

Para 1920 como rector, Vasconcelos inició la campaña contra el analfabetismo; así se fundó la mística oficial de la educación popular. Vasconcelos consiguió para la Secretaría de Educación los mayores presupuestos que se hubieran dado a ese ramo de la administración en toda la historia de México. Aumentó en casi 50%, entre 1921 y 1923, la cantidad de edificios, maestros y alumnos de escuelas primarias oficiales.

El 30 de junio de 1921 el presidente Álvaro Obregón decretó la reforma a la Constitución para crear la Secretaría de Educación Pública, y el 11 de octubre de ese año nombró Secretario de la misma a José Vasconcelos. La estructura administrativa de la nueva Secretaría se dividió en tres departamentos: *Departamento Escolar*, *Departamento de Bibliotecas* —el Estado debía constituirse en el gran editor de textos técnicos y culturales, manuales de divulgación—, y el *Departamento de Bellas Artes*, ya que para Vasconcelos la verdadera educación del país estaba en la estética.

Respecto a la Educación Superior, el avance fue más lento, pero no por ello menos significativo, es importante resaltar la creación de dos obras significativas: La Escuela de Ciencias Químicas de Tacuba y el Instituto Tecnológico de México, sin olvidar el Departamento de Cultura Indígena y las Misiones Culturales, cuyo objetivo era acabar con la segregación de los indios y unificarlos en torno a la nacionalidad, ya que antes que indios eran “mexicanos”, en la concepción de Vasconcelos.

Hasta ese momento, México carecía de los lazos unificadores que coadyuvaran a la regeneración nacional; de modo que era necesario unir los lazos geográficos, sociales, raciales, y lingüísticos como parte de una sola cultura nacional; ya que era en esta división de muchas pequeñas naciones, regionalismo, grupos étnicos y sociales, facciones, etc., en donde se encontraba el motor de la crueldad histórica de México; y con ello, el peligro de amenaza de exterminio o de sometimiento colonial del país. Era imprescindible poner fin al México constituido por “facciones”, y unificarle en un plan colectivo e igualitario mediante tres acciones básicas: *la educación*, para convertir a las masas en ciudadanos; *la reforma agraria* para convertir a los esclavos en propietarios, y *la cultura nacional*, la cual permitiría reconciliar en un sistema, la heterogeneidad cultural del

país. Para ello, era necesaria la creación de un espacio cultural en la que cupieran sin violencia todos los habitantes del país.<sup>12</sup>

El campo era la estética, de manera particular a través de la pintura muralista, cuya misión era expresar y hacer sentir a la sociedad en general el orgullo de la raza, y a los indios, mostrarles por primera vez que no vivían en un país que los despreciaba, aunque la realidad seguía siendo la misma. De ahí que los edificios públicos, las portadas de las revistas, las estatuas, los conciertos, se constituirían en una liturgia de la grandeza racial de ese pueblo hasta entonces negado.

Se buscaba representar a través de la construcción de estereotipos de la cultura popular,<sup>13</sup> las grandezas de las culturas indígenas, de lo mexicano; como resultado de la Revolución. Construyéndose así una imagen nacional cohesionadora, que sería referente fundamental para el discurso oficial, basado en una supuesta identidad nacional.

Las numerosas iniciativas de Vasconcelos para apoyar la creatividad y elevar el nivel cultural, lo llevan a resucitar la Academia de San Carlos, así como el Conservatorio Nacional; fundar la Orquesta Sinfónica, y apoyar la música popular a través de Joaquín Beristáin; y en la poesía a Ramón López Velarde y a Carlos Pellicer.

Se fundaron escuelas de arte al aire libre para obreros; le concede un lugar importante a la educación rural, por lo que era necesario construir y reparar escuelas, así como incrementar el número de profesores y sus salarios. Por primera vez en la historia de México, la cultura se extendía a amplios sectores de la población, pretendiendo convertirse en un movimiento nacional.

Esta campaña de educación exigía el esfuerzo de tres misioneros: *el maestro*, *el artista* y *el libro*. El artista no sólo era la voz del pueblo, sino su guía; quien debía ser a sí mismo un texto cuanto que se dirigía a un pueblo analfabeto; y el maestro debía ser a su vez un artista, pues en su campo de la educación debía contar con la sensibilidad y capacidad de seducción en el alumno; por lo que el maestro debía convertirse en un texto viviente; y el libro debía ser una obra de arte popular.<sup>14</sup>

Las publicaciones de la Secretaría con Vasconcelos eran de las más hermosas que se habían hecho en el país, las cuales fueron lanzadas masivamente: libros técnicos y clásicos. Por ejemplo, la mejor de todas sus publicaciones fue la revista *El Maestro*, planeado como un pequeño manual de cultura general, con secciones fijas en la que se encontraba información nacional e internacional, historia universal, literatura, sección de niños, conocimientos prácticos, poesía, reproducción de textos de divulgación y temas diversos. Fue pensada como una revista para un público variado, desde

alumnos de escuelas, e incluso como revista familiar, ya que trataba de todos los temas, teorías económicas, nociones de comunismo, geometría, trigonometría, baile, geología, geografía, arte nacional, agricultura, ganadería, lecciones de higiene, juegos, cantos, filosofía, antropología. Dicha revista, agrupó a casi todos los escritores importantes y jóvenes de México.

En 1924 aparecieron dos libros importantes de destacar: *Lecturas clásicas para niños* y *Lecturas Clásicas para mujeres*, coordinados por la chilena Gabriela Mistral, quien había sido invitada por Vasconcelos para coordinar un libro de lecturas dirigido a mujeres, en el que se plasmaba la exigencia que éstas debían tener ante el lugar y la función social de silenciosa y abnegada esposa del campesino misérrimo, y abnegada soldadera.

Esta preocupación de Vasconcelos hacia la mujer, parecería un tanto incompatible ante su forma de pensar en torno al matrimonio, quien le veía como una institución mezquina, apta para mediocres, por su simulación de amor; y su concepción de la institución familiar como la prisión que evitaba que el hombre desvalido sufriera demasiada soledad. Esto explicaría su actitud arrogante, machista y desdeñosa con las dos mujeres más importantes de su vida: primero Elena Arizmendi Mejía (Adriana), quien se expresaba de él en los siguientes términos:

Ya no te ocupas de mí, veo que no te hago falta para nada, acaso te estorbo... Un hombre como tú no necesita de nadie... Tú eres de los creen en una misión, y los hombres así pueden ser fríos, pueden ser terribles.<sup>15</sup>

Y qué decir de la muerte trágica de Antonieta Rivas Mercado (Valeria), quien a pesar de haberle apoyado en cuerpo y alma en su campaña política a la presidencia en 1929, finalmente decide quitarse la vida irónicamente con la pistola del mismo Vasconcelos de un disparo en el corazón; y de quien igualmente escribiría:

No me necesita, él mismo lo dijo cuando hablábamos largo la noche de nuestro reencuentro... pregunté: "Dime si de verdad, de verdad necesitas de mí" ... y repuso: "Ninguna alma necesita de otra, nadie, ni hombre ni mujer, necesita más que de Dios..."<sup>16</sup>

Inteligentemente, Vasconcelos se había dado cuenta que en su campaña de alfabetización, habían sido las mujeres quienes más habían respondido a su llamado, aunado a que la población femenina era abrumadoramente superior a la de los hombres; por ello, pensó en el magisterio como el lugar más digno, útil y posible para ellas, en concordancia a un modelo educativo más maternal que empirista.

De modo que Gabriela Mistral se convertiría en el modelo de maestra para las generaciones futuras; y gracias

a la gran difusión y prestigio del ministerio de Vasconcelos en Latinoamérica, se logró fundar el mito de Gabriela Mistral como la maestra del Continente. De hecho para el año de 1923, Vasconcelos puso el nombre de Mistral a una escuela en cuyo patio erigió una estatua de ella; a partir de entonces, la imagen del magisterio mexicano ha sido la de una mujer; figurando la escuela como la casa del pueblo y los alumnos como los hijos del pueblo. Tales alegorías se difundirían a partir de entonces en la prensa, la pintura, el cine nacionalista.

Lo que es innegable es que en toda la historia de México no había existido un proyecto oficial de redención de la mujer comparable al de Vasconcelos, al darle por primera vez una función importante a la mujer popular en la vida social y política del país, ya no sólo como compañera del hombre, sino como actuante. Y es que antes de Vasconcelos, el magisterio era un apostolado masculino, herencia de los liberales Ignacio Ramírez, Ignacio Altamirano y Justo Sierra. Con Vasconcelos, el mito del maestro se vuelve espacio de la mujer.

Este proyecto de Vasconcelos de redención de la mujer que ilustró Gabriela Mistral es idéntico a su proyecto de redención de los indios, al otorgarle una nueva mitología como la madre del pueblo, cuya función social se encuentra claramente definida y limitada, ya que a su vez, criticaba duramente a la mujer "nueva" europea y estadounidense, la cual le parecía un triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas.

Por ello, convocaba a las mujeres a robustecer, aunque sin perder su individualidad, el espíritu de la familia, y señalaba: "*Para mí, la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta*"; de ahí que los temas que abordaba la revista eran de intención moral y social, belleza literaria y amenidad, con predominio de textos mexicanos, latinoamericanos y españoles, algunos clásicos y de obras literarias; pero siempre centrándose en la educación del espíritu y de la sensibilidad.

Lo anterior explica el por qué en el contenido de la revista y en la sección de "trabajo" no existían temas distintos de aquellos en los que prevalecían los antiguos roles femeninos como madre, esposa o cuidadora del hogar; y oficios igualmente tradicionales como molinera, costurera, orfebre, etc.

Con la bandera de la subordinación de la mujer al matrimonio y a la familia, se desarrolla el mito de la nueva mujer mexicana, cuyos atributos principales seguirían siendo al igual que en siglo pasado, la grandeza de ser madre y esposa, los privilegios del amor en el hogar, la fuerza de la maternidad y la dulzura de las faenas caseras. A pesar de ello, no podemos negar la fuerza que obtuvo el mito de la

mujer como maestra o madre del pueblo, y su gran éxito al integrarse a la mitología femenina del México posrevolucionario.

#### EL FRACASO ELECTORAL

El día de las elecciones de 1929, Vasconcelos se encontraba en Guaymas; al enterarse de su derrota, llama a la rebelión a través del “Plan de Guaymas” declarándose vencedor. Portes Gil lo desterró, y para el 12 de diciembre, cruzaría la frontera norte. De 1930 a 1932 viajaría por Estados Unidos, Centroamérica, Francia y España; solo y frustrado, escribiría contra el gobierno mexicano, el comunismo, los judíos, la república española y a favor del fascismo. De ahí que José Joaquín Blanco señale que “el primer rasgo de la amargura política de Vasconcelos fue su abandono a la democracia; en los treinta su lenguaje es ya lo opuesto al maderismo. La amargura y la decepción política lo llevarían a un sitio de Reaccionario Total; y en 1940 funda la revista *Timón*, abiertamente a favor de Hitler y Mussolini”<sup>17</sup>

Murió solo en el barrio de Tacubaya, en la ciudad de México, el 30 de junio de 1959. Fue encontrado su cuerpo reclinado sobre el escritorio, en el cual trabajaba en una de sus últimas obras literarias: *Letanías del atardecer*, publicada inconclusa póstumamente.

José Vasconcelos, fue un hombre de una gran envergadura intelectual, la cual no le fue suficiente para navegar en las turbulentas aguas de la política y de la revolución; tal vez su caso es el claro ejemplo de la contraposición entre el quehacer del político y el científico del que nos habla Max Weber. Quien claramente le dio más peso al acto de creador de conocimientos, que a la praxis política, y que en ocasiones llegó a criticar de manera paradójica en su obra *El desastre*:

*No me importan los partidos ni los grupos [...] me asquean los políticos.*

Lo que si podemos confirmar es que Vasconcelos fue un hombre que desde su particular proyecto político y filosófico trató de luchar contra un régimen y un sistema, que lo llevaría de ser un “héroe liberador” de su patria, a un simple ser humano, presa de su compleja historia nacional. •

#### Notas

<sup>1</sup> Esta falta de sagacidad política ante sus enemigos es clara para el caso de su relación con los Estados Unidos, quienes le veían como un claro enemigo ideológico. De ahí el acuerdo que Calles y el embajador norteamericano Morrow firman con los líderes cristeros, mismo que estuvo en alguna medida influenciada por la

posibilidad de que Vasconcelos pudiera usar la agitación cristera en su beneficio.

<sup>2</sup> Para un acercamiento más preciso de las ideas de Vasconcelos en torno a la abolición de las razas a través de un mestizaje universal que condujera a la unidad humana étnica y cultural, en el que el mestizaje se presenta como la síntesis feliz de todas las posibilidades genéticas y culturales de la especie. Véase su emblemática obra: *La Raza Cósmica: Misión de la raza iberoamericana*, Aguilar, México, 1976.

<sup>3</sup> Martha Robles, *Entre el Poder y las Letras*, p.20.

<sup>4</sup> José Joaquín Blanco, *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, p. 46.

<sup>5</sup> Salvador Sigüenza Orozco, “Del Mariachi y la china poblana como identidad nacional en el siglo xx a lo diverso y heterogéneo en el siglo xxi”, en *Desacatos*, México, CIESAS, Primavera-Verano, 2002, p.182.

<sup>6</sup> Se trataba de incorporar a la literatura nacional los valores, sentimientos y sufrimientos de las masas que habían participado en la epopeya revolucionaria, en los cual, entre otras cosas, la clase política dirigente de la época encontró cierta legitimidad para su proyecto de Estado. Véase: Granados, Aimer, “La literatura mexicana durante la Revolución: entre el nacionalismo y el cosmopolitismo”, en Carlos Illades y Georg Leidenberg, *Polémicas intelectuales del México moderno*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México, 2008.

<sup>7</sup> José Joaquín Blanco, *Op. Cit.*, p. 42.

<sup>8</sup> Martha Robles, *Entre el poder y las letras*, p. 23.

<sup>9</sup> *Ibid*, p. 25.

<sup>10</sup> José Joaquín Blanco, *op. cit.*, p.83.

<sup>11</sup> Enrique Florescano, “El Nacionalismo Cultural”, en *Imágenes de la patria a través de los siglos*, número 7, 2004, p.2.

<sup>12</sup> José Joaquín Blanco, *op. cit.*, pp. 97-98.

<sup>13</sup> Ricardo Pérez Montfort, *Avatares del nacionalismo cultural*, p.34.

<sup>14</sup> José Joaquín Blanco, *op. cit.*, pp. 102-103.

<sup>15</sup> *Ibid*, p. 165.

<sup>16</sup> *Ibid*, p. 166.

<sup>17</sup> *Ibid*, pp. 170-171.

#### Bibliografía

Blanco, José Joaquín. *Se llamaba Vasconcelos. Una evocación crítica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1996.

Granados, Aimer. “La literatura mexicana durante la Revolución: entre el nacionalismo y el cosmopolitismo”, en Carlos Illades y Georg Leidenberg, *Polémicas intelectuales del México moderno*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, México, 2008.

Pérez Montfort, Ricardo. *Avatares del nacionalismo cultural*, CIDHEM, CIESAS, México, 2000.

Robles, Martha. *Entre el poder y las letras. Vasconcelos en sus memorias*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

#### Hemerografía

Florescano, Enrique. “El Nacionalismo Cultural”, en *Imágenes de la patria a través de los siglos*, número 7, 2004, p.2.

Sigüenza Orozco, Salvador. “Del Mariachi y la china poblana como identidad nacional en el siglo xx a lo diverso y heterogéneo en el siglo xxi”, en *Desacatos*, México, CIESAS, Primavera-Verano, 2002, p.182.

BETZABÉ ARREOLA MARTÍNEZ. Maestra en Historia por la Unidad Iztapalapa de la UAM. Correo electrónico: betzayarreola\_78@hotmail.com